



El Gurú Maharaj Ji, rodeado por sus discípulos, en el aeropuerto de Londres.

co de este nuevo movimiento religioso, de las prestaciones económicas al maestro o de la filiación de clase de sus miembros: primero, porque ya es hora de despertar de la manía de que la sociología revela todos los aspectos, o los únicos importantes, de los movimientos espirituales; segundo, porque ya se han publicado varias aproximaciones de ese tipo a la secta del Gurú, una de ellas en las páginas de esta misma revista. Veamos sus contenidos doctrinales. El Gurú Maharaj Ji, que para la mayoría de sus fieles es sencillamente Dios, promete a sus iniciados el conocimiento que da la paz y la serenidad; este Conocimiento no es una función puramente intelectual, sino algo que puede verse (Luz Divina), oírse (Música Celestial), saborearse (Néctar) y olerse. Alcanzando este Conocimiento, el alma se siente llena de paz, placidez y amor al prójimo, pudiendo dedicarse uno a trabajar por los demás y resolviéndose todas las tensiones y angustias. El Conocimiento no puede expresarse con palabras y sólo puede ser transmitido por medio del toque del Gurú o alguno de sus discípulos más aventajados, en alguna de las llamadas sesiones de Conocimiento. El contenido del Conocimiento no «es una religión. Es la experiencia directa de Dios o de la energía eterna de que hablan todas las religiones. Establece, más allá de toda duda, la intrínseca unidad que existe entre todas las cosas vivientes». Los que reciben el Conocimiento abandonan las drogas, el alcohol, el tabaco y se ven libres de la obsesión sexual (en cambio, siguen aficionados a la televisión, pues se nos cuenta que en uno de los economatos de la Misión de la Luz Divina se conseguían televisores particularmente baratos). Los que han recibido el Conocimiento, proclaman al Gurú Maestro Perfecto, la mayor alma viviente y el hombre más sagrado del planeta. Visto desde fuera, el contenido de esta doctrina no es más que una

amalgama de bien conocidos elementos de hinduismo, cristianismo, platonismo y neoplatonismo, simplificados hasta el ridículo y proclamados con rotundo dogmatismo. Van acompa-

ñados de unas nociones de física tipo «Reader's Digest», en las que se barajan los nombres de Michelson, Morley o Einstein y se lanzan espléndidas aseveraciones como: «La fuerza que

mantiene el universo está más cerca que nuestro propio aliento. Si queréis una prueba, mirad la bomba atómica. La poesía expresada en la pura explosión de la bomba es increíble...

Nuestro cuerpo está compuesto de átomos. Las manos que estamos usando para sostener este libro son átomos. Cada objeto que vemos, tocamos, paladeamos y olemos, está compuesto

de átomos. Billones de billones de átomos, centenares de billones, y cada uno de ellos contiene en sí una energía superior a cualquier cosa que podáis imaginar. Somos... una bomba atómica que camina, habla, respira y, algunas veces, es capaz de amar». Reconozco que el descubrimiento de tanto átomo suelto no me produce particular entusiasmo. Con admiración de profano me entero de los últimos descubrimientos de la física moderna: «Todo lo existente parece tener su origen en la luz. La materia no es más que luz encerrada en una forma... Cualquier cosa que viaje a la velocidad de la luz está por encima del tiempo, y la materia es la única forma de energía que viaja más lentamente, de modo que el tiempo existe porque la luz se transforma en materia». Así de sencillo; y luego prosigue: «La única cosa que quedaba por solventar en el rompecabezas (aparte de algunos detalles menores) era la conciencia. ¿También es la luz la conciencia?». ¡Claro, hombre! ¿Qué otra cosa iba a ser? Y de este modo la física contemporánea que goza de la envidiable situación de haberlo resuelto todo salvo detalles menores, preparó el advenimiento del Gurú Maharaj Ji. En el fondo, estos pretendidos espiritualistas que tienen orgasmos cuando piensan en los átomos y que creen que Dios es un chaval gordito nacido en Cachemira, son más materialistas que La Mettrie. Y, como buenos materialistas, son abstractos y dogmáticos. Una gran parte del libro la forman las confesiones de los que han alcanzado el Conocimiento y los sermones del propio Gurú y sus hermanos, tíos y primos, todos ellos igualmente dotados para la oratoria sagrada. A juzgar por sus palabras, los poseedores del Conocimiento se mueven por la estrecha franja que separa al americano medio infradotado del oligofrónico propiamente dicho. Particularmente conmovedoras son las declaraciones de un antiguo mili-

ARTE

Lanzarote: El Almacén y la lava

No tiene precedentes en Canarias una experiencia cultural como la de El Almacén. Esta experiencia ha sido entendida por un grupo de artistas cuyo principal estatuto parece ser quitarle al arte todo ese oropel que lo ha alejado de la plaza pública. Este grupo de artistas está encabezado por dos pintores canarios bien conocidos: César Manrique y Pepe Dámaso, el primero de los cuales ha llevado gran parte de la obligación de mantener la isla de Lanzarote dentro de una tradición paisajística todavía no enturbiada por el lento y eficaz mazazo de la especulación, que de forma tan despiadada ha caído sobre la cara negra de estas pobres islas. César Manrique y Pepe Dámaso son los creadores de El Almacén. Conviene avisar que El Almacén está situado dentro de un inmenso caserón ubicado en medio de Arrecife, la capital lanzaroteña. El Almacén tiene una librería, una galería de arte, una sala de proyecciones, un pequeño teatro y un bar. Las actividades de El Almacén han sido incesantes a lo largo de los pocos años que lleva de vida activa. Se han representado obras de teatro, se han pro-

puesto ideas para el entendimiento de la literatura y el arte, se han presentado libros, se ha hecho ballet... Se ha creado, en fin, un verdadero oasis dentro de la lava infructuosa que es, en resúmenes cuentas, el mundo de la cultura canaria en la actualidad. En Arrecife de Lanzarote, la presencia de El Almacén ha venido a poner nuevamente sobre la mesa la verdadera relación del pueblo con el arte: hay una sensibilidad, hay una necesidad de recibir el arte, la literatura, la palabra o la imagen. Los dueños de la sartén han creído siempre que ellos son los únicos que pueden estar cerca del juego. El Almacén se llena cada vez que se celebra cualquier acto público, y en El Almacén se discute. A veces —me dicen— la discusión no es lo suficientemente abierta y comprensible para todos. A ese nivel en el que El Almacén se sitúa no cabe duda de que se le ofrece un porvenir de grave responsabilidad. Los que llevan El Almacén están trabajando en una región en la que ahora empieza a hablarse de un plan cultural a nivel del archipiélago; están trabajando en una

de las zonas de mayor índice de analfabetismo y de pobreza de todo el país: las islas Canarias, las Islas Afortunadas, están en esa situación. Despertar en quienes padecen esa penuria la conciencia de que el arte, la cultura, es de todos, es una labor que puede tener un fruto de lenta maduración, pero de clarísimo sabor. El último acto celebrado en El Almacén nos puede ilustrar sobre esto que estamos diciendo: ofreció El Almacén un homenaje al poeta chileno Pablo Neruda, con motivo del primer aniversario de su muerte. La gente que acudió al acto, en el que se hizo una exposición de cuadros, otra de libros y un recital, leyó espontáneamente los versos de Neruda, que sonaron en el aire limpio y mágico de Lanzarote, mezclados con una palabra imborrable: la palabra solidaridad. El Almacén, en fin, puede hacer mucho porque estos pueblos empiecen a descubrir las antiguas voces enterradas. Esa es la noticia. En Canarias ha surgido un oasis en forma de almacén. Que se mantenga. ■ JUAN CRUZ RUIZ.